

¿Está mal querer ser rico si seguimos a Cristo? – Charles Spurgeon

La pobreza voluntaria de Jesucristo como ejemplo para los creyentes

La pobreza voluntaria de Jesucristo constituye uno de los ejemplos más profundos de amor, humildad y entrega que aparecen en las Escrituras. El apóstol Pablo declara en 2 Corintios 8:9 que Cristo, siendo rico, se hizo pobre por amor a los creyentes, para enriquecerlos con su pobreza. Estas palabras revelan no solo el sacrificio del Salvador, sino también el modelo de vida que debe inspirar a la iglesia.

La iglesia de Corinto poseía abundantes dones espirituales y grandes capacidades, pero necesitaba crecer en liberalidad y generosidad. Por esa razón, Pablo les recordó el ejemplo de los creyentes de Macedonia, quienes aun en medio de su profunda pobreza dieron con abundancia y alegría. Sin embargo, el argumento supremo del apóstol no fue la generosidad de Macedonia, sino el ejemplo incomparable de Jesucristo.

La gracia de Dios manifestada en la venida de Cristo

La venida de Jesucristo desde la gloria celestial hasta este mundo caído es presentada como un acto supremo de gracia. Cristo no estaba obligado a salvar al hombre ni existía mérito humano que pudiera atraer semejante misericordia. Todo nació del amor eterno de Dios.

La gracia divina fue la fuente que envió al Salvador al mundo.

De esa gracia proceden todas las misericordias del pacto y toda esperanza de redención. Jesucristo descendió voluntariamente desde la gloria celestial para rescatar a los pecadores y conducirlos nuevamente hacia Dios.

La cruz revela el punto culminante de esa gracia. Allí se contempla al Salvador cargando los pecados de los hombres y sufriendo en lugar de ellos. En el Calvario la gracia brilla con una intensidad incomparable, mostrando el amor sacrificial de Cristo en toda su plenitud.

Las riquezas eternas de Jesucristo antes de su encarnación

Antes de venir al mundo, Jesucristo poseía riquezas infinitas como Hijo eterno de Dios. Su gloria sobrepasaba toda comprensión humana. Él era dueño de toda la creación, de las estrellas, de los tesoros de la tierra y de toda la majestad del universo.

Cristo era rico en poder y posesión. Todo fue hecho por medio de Él y para Él. Los ángeles servían delante de su trono y ejecutaban su voluntad continuamente. El cielo entero proclamaba su gloria y honor eternos.

También era rico en amor y felicidad perfecta. El Padre declaraba sobre Él: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia". No existía dolor, tristeza ni aflicción en la presencia celestial que disfrutaba eternamente.

La pobreza de Jesucristo en su vida terrenal

A pesar de poseer todas las riquezas divinas, Jesucristo decidió hacerse pobre por amor a la humanidad. Su pobreza no fue accidental ni impuesta, sino completamente voluntaria.

Cristo nació en un pesebre y vino al mundo en un hogar humilde. No nació entre reyes ni gobernantes, sino en la sencillez de una familia trabajadora. Fue conocido como el hijo del carpintero y desde pequeño experimentó las limitaciones de la vida humana.

Durante su ministerio terrenal vivió con sencillez absoluta. Caminó junto a pescadores y hombres humildes, compartiendo sus sufrimientos y necesidades. Él mismo declaró que no tenía dónde recostar su cabeza.

La pobreza de Cristo alcanzó su máxima expresión en la cruz. Fue abandonado, rechazado y despojado de todo. Los soldados repartieron sus vestidos y dependió de una tumba prestada después de su muerte. Aún más profunda fue su pobreza interior, reflejada en la traición, el abandono y el clamor doloroso de sentirse abandonado por el Padre.

El Rey de gloria cambió su corona celestial por espinas. Aquel que era adorado por ángeles fue escupido y despreciado por los hombres.

La pobreza de Cristo como ejemplo de humildad y generosidad

El ejemplo de Jesucristo enseña a los creyentes a no avergonzarse de la pobreza ni del sacrificio por causa del evangelio. Cristo mostró que el verdadero valor no se encuentra en las posesiones terrenales, sino en la obediencia y la comunión con Dios.

La vida cristiana no debe estar dominada por el deseo de acumular riquezas. El espíritu de Cristo impulsa a la generosidad, al servicio y al desprendimiento. Así como Él se entregó completamente por amor, los creyentes son llamados a vivir con un corazón dispuesto a compartir y servir.

La comunión con Jesucristo muchas veces implica renuncia y

despojo, pero también produce gozo espiritual. El creyente aprende que las riquezas eternas son superiores a cualquier tesoro material.

La verdadera riqueza espiritual

Pablo enseña que Cristo se hizo pobre para enriquecer espiritualmente a su pueblo. Esa riqueza no consiste en abundancia material, sino en las bendiciones eternas que se reciben por medio de la salvación.

Los creyentes poseen en Cristo un tesoro infinito. Tienen el perdón de los pecados, la paz con Dios, la presencia del Espíritu Santo y la esperanza de la vida eterna. Aunque puedan carecer de bienes terrenales, son ricos delante de Dios.

La verdadera riqueza es la del alma transformada por la gracia. Quien posee a Cristo tiene más valor que todas las riquezas del mundo. Por eso, el amor de Jesús debe ser considerado la posesión más preciosa del creyente.

Ejemplos de cristianos que siguieron el camino de Cristo

A lo largo de la historia, muchos creyentes siguieron el ejemplo de humildad y sacrificio de Jesucristo. Algunos renunciaron a posiciones de prestigio y grandes comodidades para servir al evangelio.

Juan Wesley es mencionado como un ejemplo de alguien que prefirió dedicar su vida completamente al servicio de Dios antes que buscar riqueza o reconocimiento terrenal. Del mismo modo, numerosos misioneros abandonaron seguridad y comodidad para llevar el mensaje de Cristo a diferentes lugares del mundo.

Estas vidas reflejan el espíritu apostólico de entrega total y

muestran que el evangelio tiene más valor que cualquier ambición material.

La actitud cristiana frente a las riquezas

El cristianismo no condena el trabajo ni la administración responsable de los bienes, pero sí advierte contra una vida centrada únicamente en acumular riquezas. Vivir solo para aumentar posesiones contradice el espíritu de Jesucristo.

El creyente debe verse a sí mismo como administrador de lo que Dios le concede. Las riquezas deben ser utilizadas para glorificar a Dios, ayudar al necesitado y sostener la obra del evangelio.

La generosidad voluntaria es una expresión práctica del amor cristiano. Dar con alegría refleja el carácter de Cristo y demuestra gratitud por la gracia recibida.

Humildad, entrega y comunión con Cristo

La vida cristiana auténtica requiere humildad y rendición total delante de Dios. El camino espiritual no consiste en exaltarse a uno mismo, sino en reconocer la propia necesidad y dependencia del Señor.

Jesucristo enseñó que el verdadero crecimiento espiritual nace de la entrega completa. Cuando el creyente considera todo lo que posee como perteneciente a Dios, comienza a comprender la esencia del discipulado cristiano.

La comunión con Cristo produce gozo incluso en medio de la dificultad. El creyente aprende que ser amado por Dios vale más que cualquier reconocimiento humano o riqueza terrenal.

Un llamado a la entrega total a Cristo

El amor de Jesucristo sigue siendo una invitación abierta para todos. Él se hizo pobre para salvar a los pecadores y abrirles el camino hacia la vida eterna.

Cada persona está llamada a contemplar el sacrificio del Salvador y permitir que su amor transforme el corazón. Cristo es digno de recibir la vida entera, sin reservas ni condiciones.

Seguir a Jesús implica vivir con humildad, gratitud y generosidad, reconociendo que la verdadera riqueza se encuentra únicamente en Él.